

## JOSÉ ORTEGA Y GASSET EN LOS ESPEJOS DE LA PAMPA

Luis Gabriel-Stheeman  
The College of New Jersey

**E**n 1930, unos meses después de la publicación de su ensayo “Intimidades,” y ante la muy malhumorada respuesta de no pocos lectores argentinos, Ortega y Gasset se declara en la obligación de justificar en otro artículo las razones que lo llevaron a escribir el primero. Reconociendo la deuda para con la Argentina de toda una porción de su vida, declara el autor que estaba obligado a saldarla y contribuir a su vez, en lo que él pudiera, a “hacer la vida” de aquella nación (4: 71). Puesto que, por otra parte, nada podía “hacerle tanto daño [a ésta] como alabarla,” era preciso intentar lo contrario: sacudir, provocar, ayudar a reconocer aquellos aspectos que, de rectificarse, resultarían en una efectiva mejora. En sus planes estaba, por tanto, la violenta reacción del destinatario. *El acicate ha de hacer daño para estimular*, es la imagen que parece guiar sus palabras. De cualquier manera, Ortega insiste ante todo en el carácter **constructivo** y **amistoso** de su crítica: “No hay más que una manera de colaborar en la vida de otro: arrimar resueltamente el hombro allí donde uno ve que hace falta” (72).

Pese a estas afirmaciones de solidaridad, y pese a las diversas manifestaciones que en el primer ensayo parecen confirmar la buena fe de Ortega, quien lo lea y considere tanto sus modos expresivos como la factura de sus razonamientos podría muy bien preguntarse si el autor, después de arrimar el brazo, no la emprendió a empellones con sus amigos. Justamente, a tratar de confirmar analíticamente la **posibilidad** de esa impresión dedicaré en parte este trabajo. Es mi parecer que la mayoría de los recursos retóricos de que el español se vale contribuye a crear en su interlocutor argentino una disposición inequívocamente contraria, al perfilarse el sujeto y el objeto del discurso como entidades radicalmente opuestas. Este irresoluble

enfrentamiento, originado en la subversión sistemática de los procedimientos con que, tradicionalmente, un autor se acerca a su lector, quedaría justificado pragmáticamente por el propósito ya expresado de provocar una reacción violenta. Sin embargo, la revelación de una serie sistemática de conflictos internos y transgresiones retóricas no solamente oscurece la nobleza de propósito expresada por Ortega, sino que aun acaba invalidando sus razonamientos para volverse, finalmente, en contra del propio autor.

Conviene en primer lugar, claro está, recordar sumariamente algunas de las afirmaciones que tanto fastidio y rencor causaron. “Intimidades” comienza con ‘La Pampa... promesas,’ estudio paisajístico cuyas conclusiones dan pie y estructura a lo afirmado en la segunda parte—’El hombre a la defensiva.’ Como en todo ensayo de paisaje, y usando palabras de Lane Kauffmann, “nature is constantly being transformed rhetorically into culture: an encounter with a natural scene engenders at once a cultural interpretation of that scene” (113). A partir de su propia percepción del paisaje, Ortega columbra relaciones entre el medio ambiente y la cultura que en éste germina o asienta.

Lo primero que el autor español observa en la Pampa es un panorama anómalo. Mientras en regiones “normales” la mirada entra en el paisaje interesada en su primer término (Ortega 2: 637) y luego “avanza, poco a poco, en dirección a lo lejano” (638), en la Pampa lo próximo es indiferenciable, y esto “empuja sin más la mirada hasta el último término, porque el ojo busca algo interesante que ver y en la Pampa no hay nada particular que interese.” La vista, así pues, “es despedida hasta los confines del horizonte,” allí donde “la tierra se envaguece, se aproxima al cielo” y recibe las capacidades de “alusión que hay en la nube.” Esta potencialidad proteica de que goza la nube en la imaginación de quien la percibe, unida a la distancia espacial del horizonte, convocan analógicamente otro concepto: lo que algo promete ser en la distancia del tiempo. Así pues, la Pampa es “constante y omnímoda promesa,” concluye Ortega. Y si, frente a la Pampa, “al hombre se le cargan los ojos de la embriaguez” del horizonte, del mismo modo, en la vida argentina todo es “ser promesa” (638): quien allí llega “ve ante todo lo de después” (639). La Pampa le “hace desde el horizonte inagotables ademanes de abundancia y concesión.” Ahora bien, estas promesas se confunden en la percepción del argentino con la verdadera realidad, con ese primer término anodino y monótono: “cada cual vive desde sus ilusiones como si ellas fuesen ya la realidad.” Algunas páginas más adelante, Ortega explica las consecuencias de esta equivocación: sin tener clara la distancia que hay entre su situación y su proyecto y al creer haber realizado este último, el argentino se detiene (661); su imagen ideal le complace tanto que, absorto en ella, se olvida de vivir, se le va la vida mirándose y desatendiendo a su propia y auténtica persona, resultando ser con ello un moderno Narciso (662-63).

No obstante, el argentino tiene la conciencia intranquila. Según afirma Ortega en la segunda parte del ensayo, este hombre, en su recóndita intimidad, sabe de la radical ficción de su imagen, comprende que ésta no coincide aún con el perfil de su persona efectiva (654). Frente al peligro de delatarse ante los demás, se fabrica una máscara tras la que se oculta y permanece artillado, “a la defensiva” (650). La posibilidad de que alguien penetre su intimidad y reconozca su fantasma personal le causa pánico: si “intentamos hablar con él de ciencia, de política, de la vida en general, notamos que resbala sobre el tema, que su energía no está puesta sobre aquel asunto, sino ocupada en defender su propia persona” (651). **“Aquí lo importante no es eso,”** hace decir Ortega a su argentino al hablar de cualquier cosa, **“sino que se haga usted bien cargo de que yo soy nada menos que el redactor jefe del importante periódico X... [o] profesor en la Facultad Z... Tengo fama de ingenioso y no estoy dispuesto a que usted lo desconozca.”** En lugar de demostrar que es inteligente o ingenioso, “en vez de estar sumido en su oficio o destino, [el argentino] se coloca fuera de él y... nos muestra su posición como se muestra un monumento” (651-52).

La actitud defensiva del argentino, según Ortega, es fomentada y agravada por dos factores sociales propios de una nación joven. En primer lugar, “los [progresivos] embates de la emigración,” esos “miles y miles de hombres nuevos” movidos por un “feroz apetito individual” que ponen en continuo peligro el puesto o función social de cualquier persona (653). Y en segundo, el rápido progreso de los nuevos países, que “invierte el orden” normal de las cosas de modo que “las cátedras, los puestos, los huecos sociales surgen antes que los hombres capaces de llenarlos” (653-54). Como es forzoso que alguien ocupe estos huecos, se ha hecho normal que lo haga “cualquiera, aun con la más insuficiente preparación” (654). De esto es consciente cada uno “en el secreto de su conciencia,” con lo que “es preciso compensar la inseguridad íntima, el sobresalto privado y permanente” poniéndose una careta, para “convencer [con ella] al contorno de que se es efectivamente lo que se representa.”

En medio de tan desolador paisaje, Ortega encuentra y señala una posibilidad de superación de la aporía argentina. Disociando el concepto de ‘incapacidad’ en dos nociones diferentes—la falta de preparación y la falta de dotes naturales (654-55)—el autor afirma que “el argentino es un hombre admirablemente dotado” (658) y que “no hay pueblo de habla española con mayores posibilidades de inteligencia” (655). Si este pueblo es capaz de generar la “minoría energética” que hasta hoy ha faltado y si esta minoría templa “con rigor su narcisismo” y suscita “una nueva y sincera moral en la sociedad,” la Argentina “ascenderá de manera automática en la jerarquía de las más altas calidades históricas” (663).

Ante un retrato como el recién sintetizado, no puede sorprender a nadie que, como ya se dijo, las palabras de Ortega provocaran una fuerte tormenta

entre la comunidad intelectual argentina (Schwartz 72). El español aprovechó rápidamente la ocasión para descalificar todas las críticas a su ensayo y reducirlas a meros insultos, quedando así moralmente justificado para publicar “Por qué he escrito ‘El hombre a la defensiva.’” Que Ortega estaba impaciente por mandar su artículo explicativo lo demuestran sus propias palabras: “Ya he recibido las primeras andanadas de ataques y de insultos que me dirigen los jóvenes escritores argentinos. Ya puedo, por consecuencia, escribir este artículo” (4: 69, énfasis mío). Amparado en esta conveniente generalización, sin embargo, Ortega dejó para siempre sin respuesta las réplicas serenas, irónicas y minuciosas que le dedicaron, por ejemplo, Manuel Gálvez y Roberto Giusti, así como la más mordaz pero nada desafortunada que redactó Ezequiel Martínez Estrada.

Entre otras cosas, dos de los mencionados escritores denuncian la explicación de actitudes particulares, reconocibles en diferentes estratos sociales de la Argentina urbana y porteña, mediante la interpretación de un paisaje—la Pampa, claro está—que no es en modo alguno el escenario inmediato de sus vidas, y del que tampoco puede decirse que represente a la totalidad geográfica del país (Gálvez 109, Martínez Estrada 91-92). A esta transgresión de particular a particular con pretensiones de universalidad, Giusti suma otras no menos importantes, como la que consiste en dibujar arquetipos humanos y supranacionales—“el narcisista,” “el hombre a la defensiva”—y atribuírselos en exclusiva a la particularidad argentina, haciendo a su vez de esas actitudes parciales el carácter definitorio de una nación (97 y 102-03).

Los autores de estos reparos, que ya identifican en Ortega lo que años más tarde Peter G. Earle interpretará como “a peculiar cruelty of the abstract” (480), coinciden en censurar no ya la representación negativa del sujeto argentino, sino el “encadenamiento dialéctico más brillante que sólido” en que ésta se justifica (Giusti 91). Siguiendo su ejemplo, podrían citarse aquí otros casos de contravención argumentativa. Sin ir más lejos, puede señalarse la pretensión orteguiana de que el conflicto inter-individual entre la población autóctona (o núcleo) y los inmigrantes (o periferia) se reproduce en la interioridad del individuo argentino, esto es, entre su verdadero yo y la máscara que se ha colocado (2: 656-57). Si así fuera, se podría argüir, la suma de todos estos individuos daría un conjunto social homogéneo, y no la heterogeneidad social que postula Ortega en su punto de partida. Lo que pretendo hacer en las páginas que siguen, no obstante, es complementar las observaciones aquí reproducidas con otras al respecto de ciertos conflictos internos que operan en un nivel más sutil del discurso orteguiano: aquél que determina la peculiar relación que se establece entre el autor y su destinatario.

Todo discurso retórico, esto es, todo texto que pretende ofrecer y justificar con los mejores argumentos una idea o juicio no guiados

estrictamente por la lógica formal o por el dato empírico, busca un *consenso* con su destinatario, esto es, un acuerdo inter-subjetivo con el que autor y receptor compensen la imposibilidad de hallar, a propósito de lo discutido, una verdad objetiva, atemporal o universal (Perelman 5-8). Ceñidos estrechamente a la particularidad, los ensayos paisajísticos—y con ellos los de Ortega—encajan muy adecuadamente, según el ya citado Lane Kauffmann, en este tipo de texto (113-14). Ciertamente, si, para lograr el mencionado consenso, conviene entre otras cosas que el autor se esfuerce por crear en su destinatario un sentimiento de **inmediatez** en la percepción de lo descrito y explicado, con el fin de establecer y mantener una sensación de **complicidad** con él, Ortega y Gasset parece no haber renunciado a ningún recurso para conseguirlo. Kauffmann, que ha estudiado suficientes ensayos paisajísticos de Ortega, señala gran parte de los elementos discursivos que hacen de ellos un logro retórico: la narración en primera persona, las frecuentes autorreferencias, el entusiasmo contagioso que transmiten tanto estas últimas como las diferentes alusiones y exhortaciones al lector; las digresiones, la continua alternancia de detalles sensoriales y argumentos abstractos con que se integran sensación e intelecto y, en fin, las imágenes y metáforas que guían y visualizan el proceso cognitivo (116).

Todos estos recursos, que normalmente tienden a hacer del texto un lugar para la interacción de objeto con sujeto y de sujeto con interlocutor, se pueden detectar meridianamente en el ensayo que me ocupa. Pero así como de entrada parecen establecer la citada sensación de complicidad e inmediatez con su receptor argentino, a medida que avanza la lectura su función va sufriendo un proceso de inversión que acaba por transformarlos precisamente en instrumentos disuasores y excluyentes. El ensayo, en efecto, empieza con una serie de manifestaciones muy apreciativas acerca del paisaje de la Pampa—elogios basados en el hecho de que éste ha despertado en el autor una atracción no sentida desde hacía tiempo, por ser el alma madura “muy exigente” y no entregarse a “cualquier belleza transeúnte” (635). Allí, dice Ortega, se le ha “estremecido” una “raíz” de sí mismo, con una “resonancia” tan “íntima” que ha sentido, tal que el dolor de un “muñón,” la vida criolla que podría haber llevado (636). Mediante estas autorreferencias introductorias, el autor propicia la empatía y entusiasmo necesarios para que el receptor sienta como suyas también las subsiguientes percepciones de la Pampa. Efectivamente, Ortega invita acto seguido a su interlocutor a que comulgue con las impresiones e ideas que la llanura pampera le suscita. Y lo hace con un popularísimo recurso retórico: el uso de la forma **nosotros**, con la que el **yo** anima al **tú** a participar en una perspectiva común, en un consenso: “en una región de pequeños valles, dice Ortega, **“atendemos primero a los objetos inmediatos . . . [y después] nuestra mirada percibe el confuso fondo”** (638); en la Pampa, sin embargo, la “indiferencia del primer término, del lugar donde **estamos** y próximo a

nuestros pies, empuja sin más la mirada hasta el último término” (638). No obstante, he aquí que en un recodo del texto, de manera tan suave como definitiva, el sujeto del discurso suelta de la mano a su interlocutor y lo convierte en objeto: “acaso lo esencial de la vida argentina es eso—ser promesa. Tiene el don de *poblarnos* el espíritu con promesas, reverbera en esperanzas como un campo de mica en reflejos innumerables. El que llega a esta costa *ve* ante todo lo de después” (638-39, énfasis mío, como los anteriores). Apréciase el paso de la primera persona de plural—en la que, juntos y cómplices, viajaban interlocutor y sujeto—a la tercera de singular, que a partir de ahora ocupará en exclusiva soledad “el argentino.” Así de sutilmente, Ortega realiza aquí otra crucial transgresión retórica: deja de ser el observador de la Pampa y cede su puesto al “argentino,” sobre quien asume sin más que percibe y siente lo mismo que sentía él. A su vez, Ortega ya no sentirá lo que “el argentino”—esa “embriaguez” del horizonte que le hace vivir “desde sus ilusiones como si ellas fuesen ya verdad” (639)—sino todo lo contrario: lo que define al “hombre superior” es “el efectivo esfuerzo de ascensión y no el creer que se ha llegado” (645). Para “el argentino,” excluido de tal sentir por la imagen que se le ha impuesto, habrá concluido el tránsito de interlocutor a objeto—y sólo objeto—del ensayo.

(He colocado al “argentino” entre comillas para recordar la otra transformación que se produce en el momento de la transgresión pronominal y que no es otra que la ya denunciada por Gálvez y Martínez Estrada. En efecto, ¿quién es ese anónimo “argentino” sino un híbrido entre el presunto espectador de la Pampa y ciertos porteños urbanos?)

De cualquier manera, la exclusión de un posible interlocutor argentino no ha hecho más que empezar. Lejos de expresarla tajantemente, las palabras de Ortega parecen entretenerse con ella, dándole una y otra vez al lector argentino la ilusión de que puede participar en el diálogo—tan sólo para, una vez tras otra, negarle de hecho esa misma posibilidad. Cuando, páginas más adelante, el pronombre *nosotros* regresa, lo hace, como se verá, llevando a muy distintos pasajeros. Con una brusquedad incongruente, si recordamos el entrañable principio, el autor dirige a su lector sudamericano una severa advertencia: “conviene que el hombre del Plata no se haga ilusiones: la impresión que produce al europeo es sobremanera extraña” (649). Para explicarle esa impresión, Ortega se encarama de nuevo en la primera persona de plural, la cual lo identifica esta vez como miembro de un grupo que presuntamente comparte su percepción del argentino, y que le confiere la autoridad de lo unánime o generalizado: *nosotros, los europeos*, viene a decir el español, “nos lanzamos rápidamente a la intimación” con un hombre—el argentino—que “habla nuestro mismo . . . idioma de ideas y valores.” Ahora bien, la “velocidad con que intentamos deslizarnos en [su] intimidad . . . sirve sólo para que choquemos violentamente con su superficie y nos hagamos daño. Ha sido una ilusión óptica” (649). La posible

participación del argentino en las reflexiones ulteriores—dispuesta quizá en torno al eje **nosotros los europeos / usted el argentino**—queda del todo descartada al leer las interpelaciones con que prosigue Ortega: “afinemos ahora un poco la descripción del extraño fenómeno. ¿Qué notamos después de ese choque inicial?” (650). El español, de nuevo muy sutilmente, ha cambiado de interlocutor en mitad del camino. El argentino, por su parte, queda alienado, excluido de toda posible **complicidad**—no entra en **nosotros los europeos**—y apartado de la necesaria **inmediatez**—lo dicho no va directamente dirigido a él sino a un supuesto interlocutor que, al parecer, estaba a sus espaldas... Cuando, hacia el final del ensayo, Ortega vuelve a interpelar a la nación argentina, ya es imposible identificar al supuesto interlocutor. Como mencioné antes, el autor se refiere a una enérgica minoría rectora que ha de salvar al país de su narcisismo (663). Sin embargo, la total exclusión de cualquier destinatario argentino, así como la afirmación explícita de que aún no se ha podido generar tal minoría, marcan implícitamente la ausencia de ese pretendido amigo en ayuda de quien Ortega dijo arrimar el hombro.

Lejos de limitarse a la cuestión de los pronombres, esta continua alternancia entre la aparente inclusión del interlocutor argentino y su posterior descarte se reproduce en otros aspectos del ensayo. Como todo buen retórico, Ortega reconoce estar expuesto a la equivocación, y admite en diferentes ocasiones la posibilidad de discrepancia. Ahora bien, aun cuando en el texto no faltan admisiones formales de falibilidad, una serie de digresiones estratégicas opera al mismo tiempo en sentido opuesto, anulando sistemáticamente aquéllas. Cada vez que el autor reconoce la posibilidad de haber incurrido en un error, a esta concesión sucede un argumento paradójico que la invalida, cerrando de hecho un espacio que parecía abierto a la disconformidad. Tras afirmar, por ejemplo, que el argentino no vive sino que se le va la vida mirándose en el horizonte, Ortega confiesa que su juicio tiene muchas probabilidades de ser erróneo, y que será más fácil que la verdad “brote en una mente autóctona,” y no en la de un viajero (641). En su caso, sigue, es aún más fácil que se trate de un error, porque apenas ha sido viajero en Argentina, ya que en ese país es prácticamente imposible serlo. Y es que el argentino no sabría recibir al viajero, no podría creer ni comprender que alguien viniera tan sólo a ver y estar, a vivir (641-42). Y le sorprendería al argentino que alguien se propusiera simplemente vivir porque “**él mismo no vive**” (642, énfasis mío). Corolario de lo cual es que lo que Ortega ha dicho es un error porque lo que Ortega ha dicho es verdad: que el argentino no vive.

Del mismo modo, el tono verbal connotativo de rigor y de exactitud que domina el texto levanta obstáculos a la discrepancia que Ortega dice admitir. Junto a no pocos adverbios de duda y otros indicadores de matiz que, al principio del ensayo, confieren al autor una apariencia cómplice y accesible—

“**acaso** lo esencial de la vida argentina es eso—ser promesa” (638)—aparecen sin embargo afirmaciones totalizadoras y absolutas que descartan, a veces explícitamente, la posibilidad de una equivocación: “**Todo** vive aquí de lejanías” (639)... “**En rigor**, el alma criolla está llena de promesas heridas”... “**Con muy pocas posibilidades de error**, puede asegurarse que...” (642). Sin necesidades estadísticas, cabe decir que las palabras “rigor,” “rigoroso,” “precisión,” “exactitud” y “estricto” están, ya que no a la orden del renglón, sí casi a la de la página orteguiana.

A esta **retórica del rigor** que blinda el discurso de Ortega contribuye también la presencia abundante y adicional de un léxico de origen científico, entiéndase, de préstamos técnicos empleados en metáforas analógicas: estudiar la “fisiología” del paisaje (635), causar este paisaje “hiperestesia” en la persona, “moviliza[r] inercias,” “alquitarar” una primera impresión (636), producir “un precipitado” en el alma (641), observar un “protoplasma social” (644)... Estos tecnicismos, que como ya apuntara Ricardo Senabre, están “desparramados por las páginas de Ortega” (82), cumplen con su valor metafórico una función visualizadora en la prosa más abstracta del filósofo español, haciéndola de este modo más accesible al lector menos preparado. Asimismo, sin embargo, hay que recordar que, como ensayo típico de Ortega, “Intimidades” no aporta **ninguna** prueba explícita para sostener sus aserciones. En este contexto, la inserción de tecnicismos no solamente visualiza el pensamiento de Ortega: también le da de paso un deseable lustre científico, trasladando a su lector, como diría Stephen Ullmann, “al clima estilístico” del discurso exacto (150) y apartándole una vez más, y de modo tan artero como siempre, de la posible discordancia.

Con diferencia, la forma más sutil y eficaz en la alienación del argentino la constituye la estructuración del discurso en función de dos imágenes clave nacidas de la observación original de la Pampa: por un lado, la oposición paisajística entre un primer término anodino y un horizonte prometedor en que la vista prefiere residir, ignorando su verdadera e íntima situación. A su lado, la visualización de la vida como proyecto, como forzosa elección de nuestra meta y camino, y su ilustración en el entorno de la Pampa, donde no hay nada inmediato que elegir, donde todo hace resbalar al sujeto elector hacia la idealidad del confín (Ortega 2: 638-39). Estas dos imágenes—**núcleo auténtico / periferia ilusoria y vida como proyecto, como forzada elección**—prefiguran, como se ha visto, el retrato psicológico y sociológico del hombre argentino. Al mismo tiempo, sin embargo, también reflejan y polarizan la implícita y constante oposición entre éste y el autor del ensayo. Ortega, desde el principio, nos abre su alma, nos muestra su intimidad y no le importa admitir que ésta queda “hiperestesiada” ante la Pampa, que siente como si fuera un muñón su posible vida criolla (635-36). A la luz de sus posteriores acusaciones contra el argentino—acusaciones como la de que éste, por el contrario, nos oculta su intimidad



(649-50)—, las frecuentes autorreferencias de Ortega resultan no ser un acercamiento al lector, tal y como en otros ensayos interpretaba Kauffmann (116), sino más bien todo lo contrario: el sutil pero inmisericorde establecimiento de un antagonismo. “Vivir es una operación que se hace desde dentro hacia afuera y es un brotar o manar continuo desde el secreto fondo individual hacia la redondez del mundo” dice el filósofo más adelante (2: 652). En el ensayo, Ortega vive **ex-presando**, manifestando al exterior lo que su intimidad ha sentido. Del argentino, por el contrario, nos queda la impresión de la careta, de la coraza, de la intimidad oculta y temerosa. Enamorado de su propio horizonte, al argentino no le atrae nada en su inmediata circunstancia, no se entrega a nada, no es capaz de oír vocación alguna que le haga salir de sí mismo (658). Ortega, en cambio, ha mostrado sus capacidades electivas, propias de la edad madura, al saber entregarse a la sutileza de la Pampa (635). Y su vida, lleva toda la vida diciéndolo, está entregada al proyecto de salvación de su circunstancia. Esparcidas por el texto, las innumerables expresiones pertenecientes a los campos semánticos de la **intimidad** y la **elección** constituyen, como ecos constantes, la larga amplificación de una idea que mantiene al autor y su receptor en lugares contrarios, tan perfectamente opuestos que pudiera decirse que el uno no es sino la imagen en negativo del otro.

Ahora bien, es perentorio recordar y subrayar aquí lo que ya se señaló anteriormente, esto es, que la visión de la Pampa como eterna y omnímoda promesa **es puramente de Ortega** y que no es sino Ortega quien asume sin más que sus interlocutores argentinos así también la perciben. Nada más arriesgado, a poco que se piense. En una carta dirigida a Roberto Giusti, por ejemplo, el escritor Francisco Romero le confiesa que a él la Pampa no le promete nada: “ante la llanura sin límite, desierta,” siente “que todo es vano, que todo esfuerzo es inútil,” y le gana “un sentimiento de impotencia infinita y un violento deseo de salir de ella” (Giusti 102). La ecuación **horizonte-promesa**, enunciada por Ortega, se transforma por tanto a ojos de Romero en otra muy distinta: **horizonte-puerta de escape, lo que ya no es Pampa, la invitación a marcharse**.

Si se conviene, así pues, en que toda la exposición de Ortega parte y depende de una ilícita transferencia de percepciones, y se recuerdan por lo demás todos los conflictos internos que provoca en su argumentación el empeño de oponerse al argentino, no resultará muy fácil defender la limpia y desinteresada declaración de propósitos que, como ya mencioné, hiciera en su día el autor. Dos fragmentos anteriores a “Intimidaciones,” sin embargo, podrían venir en apoyo de la buena voluntad orteguiana. A la vez, desgraciadamente, se podría argüir que terminan de desarticular y anular el entramado argumentativo del ensayo.

El primero de ellos muestra que, seis años antes de “Intimidaciones,” al escribir su “Carta a un joven argentino que estudia filosofía,” Ortega ya

había observado tendencias narcisistas en el argentino, si bien—y esto es lo importante—no las creía exclusivas de su nación: “El **americano, amigo mío**—por razones que no es ocasión ahora enunciar—, propende al narcisismo.... Al mirar las cosas, no abandona sobre éstas la mirada, sino que tiende a usar de ellas como de un espejo donde contemplarse” (2: 348, énfasis mío). Si se piensa un instante, se convendrá en que el fragmento recién citado devuelve a la incertidumbre el origen del Narciso argentino. En efecto, cualesquiera que fueran las razones de que habla Ortega, no es fácilmente concebible que las hubiera cifrado en la influencia de un paisaje tan diversificado como el de todo un continente. Para confirmarlo, el que reproduzco a continuación revela, en mi opinión, que la percepción orteguiana atribuida por el autor al hombre argentino tiene en realidad su origen a miles de leguas del pampero camino a Mendoza. Quince años antes de redactar ‘La Pampa... promesas,’ en 1916, escribía Ortega que “en Castilla, mirar suele ser disparar la flecha visual al infinito; ni al salir de la pupila ni en el resto de su trayectoria **encuentra obstáculo alguno** [hasta que] cae y se hincan en un punto de la tierra **que es ya casi un punto del cielo**. En Castilla, **la mirada crea y fija el horizonte**” (2: 256). Como en la Pampa dijo Ortega que la tierra “se envaguece, se aproxima al cielo” (638), así también había dicho ya de Castilla que en su paisaje “todo parece adquirir porosidad; **las piedras no acaban donde acaban**, sino que **en sus poros penetra el azul del cielo** y el bermellón de los terrazgos” (259). Curiosamente, por último, aquella existencia castellana entre espejismos hacía de la vida también “una táctica **defensiva** contra los demás” (258, énfasis mío, como los anteriores).

A la vista de todo lo considerado, resulta por completo inverosímil que Ortega interpretara seriamente el paisaje de la Pampa como origen del presunto narcisismo armado del argentino. Parece, en cambio, más fácil aceptar la posibilidad de que encontrara en el mencionado entorno una tentadora y familiar entrada retórica, un modo muy visual de introducir con aparente coherencia un concepto para el que, de otra manera, no hallaba justificación satisfactoria. De este modo, quizás, logró el autor una forma de convertir en efectivo acicate la serie de opiniones que, con noble voluntad, llevaba años deseando expresar.

La retórica clásica llamó **hipotiposis** a todo procedimiento que pudiera darle una cara a lo que, de por sí, carecía de ella (de Man 26). Ahora bien, con la hipotiposis de la Pampa transplantada desde Castilla, Ortega no logra darle tan sólo un rostro a su idea: le proporciona igualmente un vistoso aunque descoyuntado esqueleto—una osamenta que, como se ha visto ya con suficiencia, le habría faltado de cualquier otra forma. Pues bien, es precisamente el prurito del pensador por conferir a esa estructura la apariencia rigurosa de que carece la entrada retórica, lo que acaba forzando y desarticulando el ensayo.

La repetición en el llano pampero de una antigua mirada personal sobre Castilla viene a sumarse a todas las transgresiones y conflictos internos ya señalados para hacer de "Ilusiones" esa "obra de artificio," ese "encadenamiento dialéctico más brillante que sólido" que describía Roberto Giusti (91). Sin embargo, la pertinaz proyección del *yo* orteguiano en la imaginería del ensayo, como contrapunto exacto de un individuo que, al cabo, no posee sino los ojos del autor, deja también que a su sombra crezca otra inquietante lectura. No en balde, Kauffmann observaba cómo, en el ensayo paisajístico, el sujeto se dibuja a sí mismo al dibujar el paisaje (114).

De esta manera, con el texto de Ortega podría suceder lo mismo que con los espejismos: que la impresión que nos dieron desaparece según nos acercamos a ellos. A medida que se difuminan las fascinantes imágenes que construye, según pierden corporeidad los objetos sobre los que discurre, se va haciendo más clara la única figura que queda en el paisaje: la de su propio percipiente. En cada espejismo encontramos su imagen reflejada. ¿Cuál? Quizá la de 1930, en plena crisis de vocación tras la salida del *Ser y tiempo* de Heidegger, sin saber qué camino elegir ahora para ser el gran filósofo español y acaso prefiriendo pensar que ya ha llegado.

#### OBRAS CITADAS

De Man, Paul. "The Epistemology of Metaphor." *Critical Inquiry* 5.1 (1978): pp. 13-30.

Earle, Peter G. "Ortega y Gasset in Argentina: The Exasperating Colony." *Hispania* 70.3 (1987): pp. 475-86.

Gálvez, Manuel. "Los argentinos según Ortega y Gasset." *La Argentina y nuestros libros*. Santiago: Ercilla, 1935.

Giusti, Roberto F. "Los ensayos argentinos de Ortega y Gasset." *Ensayos*. Buenos Aires: Bartolomé Universidad. Chiesino, 1955. pp. 85-104.

Kauffmann, R. Lane. "Between Antitheses: Subject and Object in the Landscape Essays of Ortega y Gasset." *José Ortega y Gasset: Proceedings of the Espectador Universal International Interdisciplinary Conference*. Ed. Nora de Marval-McNair. New York: Greenwood Press, 1987. pp. 113-19.

Martínez Estrada, Ezequiel. "El guaranguismo de Ortega y Gasset." *Leer y escribir*. Ed. Enrique Espinosa. México: Joaquín Mortiz, 1969. pp. 91-96.

Ortega y Gasset, José. *Obras completas*. 4ª ed. 6 vols. Madrid: Revista de Occidente, 1957.

Perelman, Chaim. *The Realm of Rhetoric*. Trans. William Kluback. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1982.

Schwartz, Kessel. "José Ortega y Gasset and Argentina." *Anales de la Literatura Española Contemporánea* 8 (1983): pp. 59-81.

Senabre Sempere, Ricardo. *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*. Salamanca: Acta Salmanticensia, 1964.

Ullmann, Stephen. *Semántica: Introducción a la ciencia del significado*. Trad. Juan Martín Ruiz-Werner. Madrid: Aguilar, 1965.